

El dormitorio de los niños Federico y Paco García Lorca, en la Vega granadina, estaba presidido por la «Imagen verdadera del Santísimo Cristo del Paño». El Señor de las estériles, las yermas, las secas. De aquel marco añejo, que enturbió los sueños de la niñez del poeta, nacería muchos años después la segunda tragedia rural de Federico García Lorca: *Yerma*. El 29 de diciembre de 1934 se estrena la obra en Madrid. Protagonista: Margarita Xirgu. Hoy, quedan niños en la Vega y en los Montes de Granada y Jaén que duermen al amparo de la «Imagen verdadera del Santísimo Cristo del Paño» y las yermas suben todavía a Moclín, junto con otras piadosas mujeres, esperando el milagro de la fecundidad.

YERMA ANTE EL "CRISTO DEL PAÑO"

ANTONIO RAMOS ESPEJO

LA anciana, inválida, atravesó con dificultad la barrera de niños cornetas y tambores, llegó al puesto de venta de objetos religiosos, asió fuertemente una estampa del Cristo del Paño entre sus manos temblorosas, pegadas al pecho, subió las escalinatas escurridizas, borrachas de cera, y llegó al fin a la sacristía.

—Quiero cumplir con la promesa —dijo la buena mujer al sacristán.

—¿Qué promesa? —contestó un hombre gordinflón, con aspecto de gestor beatífico.

—Una misa al Señor del Paño.

—Meta el dinero en ese sobre.

—¿Cuánto?

—Lo que usted quiera... —contestó en un tono que venía a significar cuanto más mejor, en los cálculos del sacristán.

La mujer abrió con torpeza el monedero y contó cuatro billetes arrugados de cien pesetas, todo su caudal. Guardó sólo un billete para ella e introdujo tres en el sobre amarillento piadoso para cumplir la promesa en metálico. Y preguntó de nuevo:

—¿Qué hago con el sobre?

—Déjelo aquí si quiere o lo echa en un buzón. Y ya está...

—¿Bueno! Usted se lo queda. ¿Ha puesto mi nombre? Me llamo Dolores...

—No hace falta poner su nombre. El Señor del Paño la conoce —contestó metafísico el sacristán.

—Buena, pero que sea para el Cristo.

—Que sí, mujer; que sí...

No se marchó conforme Dolores. No. Dolores no comprendía, con su teología campera de cortijo aislado entre cerros, cómo el Señor iba a saber que le había entregado el dinero de sus sacrificios de sopa y cafelillo de

pucherete; metidas sus trescientas pesetas en un sobre común, como si fuera de la inclusa de devotos anónimos. Entonces, la anciana, ni corta ni perezosa, se fue hasta el Cristo, que estaba al aire libre, rodeado de miles de personas, a comunicarle inmediatamente que aquel sobre con tres billetes arrugados correspondía a Do-



El lienzo o paño sobre el que está pintado el Cristo fue un regalo de los Reyes Católicos al pueblo de Moclín.

lores, la jornalera inválida de las cuatro mil pesetas de paga misericordiosa del Gobierno. La piadosa mujer pasó sus manos, el pañuelo y el rosario por el lienzo del Cristo, como otras tantas ancianas, jóvenes esposas yermas, enfermas, devotas simplemente. Conseguía así Dolores unas señas de identidad más directas, sin intermediarios, ni sacristanes, ni vendedores de estampas. La religiosidad popular, directa, sin maldad, sin trasfondos económicos, creyente a pie juntillas en un Cristo milagroso, al que la leyenda atribuye vida a las yermas y visión a los ciegos.

En la ruta de los curanderos

Unas treinta mil personas acudieron el primer domingo de octubre, la última romería, a la procesión del Cristo del Paño, en Moclin, a unos veinte kilómetros de Granada, al pie de un soberbio castillo en ruinas, rodeado de tierras de olivares. En esta comarca granadina, donde se pasa de la vega fértil a los montes, se abre una extensa ruta de curanderos, milagrosos, santones, que penetra con más fuerza en la provincia de Jaén, hacia Alcalá la Real y los pueblos que fueron feudo del Santo Custodio, milagrero en vida, que al morir dejó sus poderes al Santo Manuel, que tiene hoy su santuario en la aldea de los Chopos. El Santo Manuel cuando se ve apurado en sus recetas beatífico-medicinales envía a la clientela al Señor del Paño que, en última instancia, es el que tiene el poder.

La romería del Cristo del Paño es Yerma, una sucesión de imágenes trágicas. Federico García Lorca colaboró a extender la leyenda de las yermas que paren a los nueve meses de la romería, como una de las muchas curaciones que la religiosidad popular atribuye al lienzo, o paño, que fue regalado por los Reyes Católicos a la fortaleza de Moclin, utilizado como estandarte de las tropas cristianas.

«Federico discurría sobre los caracteres paganos de la imagen»

Fuente Vaqueros y Valderrubio están muy cerca de Moclin. Francisco García Lorca —en «Federico y su Mundo»— escribe al hablar de Yerma: «Nunca fuimos nosotros al abrupto Moclin, a pesar de no estar lejos de nuestras propiedades en la Vega y de que el nombre del pueblo fuera suficientemente conocido por la fama de su



La gente llora, grita, reza. Una sucesión de imágenes trágicas, como la obra lorquiana.

YERMA

romería. Es más, no se sabe por qué, en la Vega se solía introducir el relato de los cuentos infantiles con el siguiente inexplicable introito:

*Esto era lo que era
Colomera en una era
y Moclín en un cerro.*

Aún es más interesante saber que ya de niño la imagen del Cristo del Paño ejerció una extraña influencia en Federico, que en su madurez artística se desarrollaría como un volcán contenido de experiencia popular. «No he llegado a ver —dice Paco García Lorca— la imagen milagrosa de Moclín, pero es un cuadro (como aparece en *Yerma*) groseramente pintado, a juzgar por la reproducción litográfica que no faltaba en ninguna casa de la Vega. Nuestro dormitorio en el campo estaba presidido también por la «Imagen verdadera del Santísimo Cristo del Paño», según rezaba al pie. Muchas veces, contemplando la tosca reproducción litográfica, Federico discurría sobre los caracteres paganos de la imagen. Debo confesar que la imagen de Federico iba mucho más lejos que la mía.»

Luego, el niño, amante de las tradiciones populares, conoció las leyendas en torno a aquella romería pagano-religiosa. Paco García Lorca advierte sobre la contrapartida de la fiesta religiosa, «la fama maliciosa de que las mujeres son fecundadas en virtud de razones mucho más naturales, hechas realidad al socaire de las fiestas y acampamiento al aire libre. De tal modo es así, que el día de la novena los romeros, a caballo o en carro, son recibidos por mozaletas y chiquillos, a su paso por pueblos y caminos, al grito de «¡Cabrones!», «¡Cabrones!», mientras suenan ristras de cuernos de cabra y borregos. Toda la Vega parece resonar con el mencionado grito y, ya antes de llegar al lugar, ha habido alguna vez graves incidentes.»

No cabe duda que la leyenda exageró la morbosidad erótica de la romería, como también advierte el hermano de Federico al observar que «sin negar la posibilidad de que en algún caso la versión maliciosa del «milagro» haya resultado cierta, es, sin embargo, inconcebible —en términos generales—, dada la moralidad conyugal preva-liente en la región y la actitud del granadino medio frente al adulterio. Siendo ello inconcebible, la explicación, digamos natural del hecho, acaso tenga más antiguas y hondas raíces. Es bien sabido que la Iglesia, desde sus primeros tiempos, superpuso celebraciones y efemérides religiosas sobre las antiguas costumbres paganas que se intentaba desterrar.»

«Y el Santo hace el milagro»

La trilogía rural de Lorca, primero *Bodas de Sangre*, luego *Yerma*, por último, *La Casa de Bernarda Alba*, está captada de la vida que rodea al poeta. Las tres son campo, lavanderas, criadas, tragedias familiares, leyendas, canciones, la realidad que le había impresionado de niño y que luego madura y poetiza en la madurez artística.

«Yo me sorprendo mucho —decía Federico— cuando creen que estas cosas que hay en mis obras son atrevimientos míos, audacias de poeta. No. Son detalles auténticos, que a mucha gente le parecen raros porque es raro también acercarse a la vida con esta actitud tan simple y tan poco practicada: ver y oír. ¿Una cosa tan fácil! ¡Eh!» (Proel, 1935).

Ese mismo año el autor de *Yerma* confesaría a Nicolás González-Deleito: «Cinco años tardé en hacer *Bodas de Sangre*; tres invertí en *Yerma*... De la realidad son fruto las dos obras. Reales son sus figuras; rigurosamente auténtico el tema de cada una de ellas... primero, notas, observaciones tomadas de la vida misma, del periódico a veces... Luego, un pensar en torno al asunto. Un pensar largo, constante, enjundioso.

Y, por último, el traslado definitivo; de la mente, la escena...».

Así de sencillo. Ver y oír. Hasta que sale la tragedia, en una escena, idealizada, de la romería de Moclín:

—Vieja.—Venís a pedir hijos al santo y resulta que cada año vienen más hombres solos a esta romería. ¿Qué es lo que pasa? (Ríe).

Mujer 1.ª.—¿A qué vienes aquí si no crees?

Vieja.—A ver. Yo me vuelvo loca por ver. Y a cuidar de mi hijo. El año pasado se mataron dos por una cascada seca y quiero vigilar. Y, en último caso, vengo porque me da la gana.»

Luego, la Vieja dice a Yerma: «Cuando te vi en la romería me dio un vuelco el corazón. Aquí vienen las mujeres a conocer hombres nuevos. Y el santo hace el milagro. Mi hijo está sentado detrás de la ermita esperando.»

Mi casa necesita una mujer. Vete con él y viviremos los tres juntos. Mi hijo si es de sangre. Como yo. Si entras en mi casa, todavía queda olor de cunas. La ceniza de tu coleta se te volverá pan y sal para las crías. Anda. No te importe la gente. Y en cuanto a tu marido, hay en mi casa entrañas y herramientas para que no cruce si quiera la calle.»

«Yerma será la tragedia de la mujer estéril»

En las tres horas de las tragedias rurales, la muerte pone el punto final. En *Yerma* es la protagonista la que «aprieta la garganta hasta matarle» (a Juan, el marido, causante de la aparente esterilidad de la hembra). Una tragedia completa: «*Yerma será la tragedia de la mujer estéril. El tema como usted sabe, es clásico. Pero yo quiero que tenga un desarrollo y una intención nuevos. Una tragedia con cuatro personajes principales y coros, como han de ser las tragedias...*» declaraba a Juan Chabas en 1934.

Durante los ensayos de *Yerma*, García Lorca le explica al periodista catalán Joan Tomás:

—*Yerma es una tragedia. Una tragedia de debo... Des les primeres escenes, el públic s'adona que passarà quelcom de gradió.*

—*Què passa?*

—*Què passa? Yerma no té argument. Yerma és un caràcter que es va desenvolupant en el transcurs dels sis quadres de què consta 'obra. Tal com convé en una tragèdia, ha introuit a Yerma uns cors que comenten els fets. O el tem de la tragèdia, que és constantment el mateix. Fixeu-vos que dic: tema. Repeteixo que Yerma, d'argument no en té. En molts moments, el públic li semblarà que n'hi ha, però és un petit engany... Ah! Els actors no parlem amb naturalitat. Res de naturalitat. Algú potser ho censurarà... Si la censura es produís, consti que jo sóc responsable, l'únic responsable.*»

Benavente, Valle-Inclán, Unamuno acudieron al estreno, en el Español, de Madrid, de *Yerma*. Unamuno, que había tratado el tema de la esterilidad en *Raquel*, «dijo generosamente a Federico (y mi hermano me lo confirmó) que *Yerma* era la obra que a él le hubiese gustado escribir» (Paco García Lorca).

El párroco que rompió el cuadro del Cristo

Yerma, extraída de la romería de un Cristo milagroso y de la leyenda popular, es una obra literaria. Pero, la romería de las yermas, los inválidos y los pobres profesionales, siguió su vida en Moclín. No es precisamente ahora la visión lorquiana la que queda en el pueblo, aunque sigan subiendo las mujeres a pedir fecundidad al Santo Cristo del Paño. Ni ya vienen los romeros andando y en caballería, en

carruajes, donde pasaban las noches en tiendas de campaña. Ahora llegan miles de coches. Conserva, eso sí, el folklore religioso -paganico de los campesinos que acuden de lugares aislados, donde muchas veces son curanderos los que suplen la ausencia de médicos. Y, una vez al año, el *Cristo del Paño* desempeña su papel de gran médico, curandero, veterinario, todopoderoso.

La Iglesia oficial ha intentado en algunas ocasiones romper la devoción pagana y festiva que los romeros le tiene al *Señor del Paño*. Ahora, el enfrentamiento se ha atenuado. El párroco participa en la ceremonia re-

ligiosa y luego se retira de la procesión. En una ocasión el enfrentamiento llegó a tal extremo que un párroco de Moclín, José López Vallecillo, rompió una noche el cuadro del Cristo, sobre el que además arrojó un cubo de cal, para eliminar con tan drástico procedimiento esa religiosidad de sus feligreses, vecinos de Moclín y de los pueblos que mantiene la tradición centenaria.

Este hecho, en el que intervinieron la Guardia Civil y el Arzobispado de Granada, provocó que durante 14 años la procesión fuera prohibida, hasta que en 1975, los feligreses, casi a la fuerza, lograron restablecer la

procesión. Ese mismo año, el cura López Vallecillo, ya de párroco en otro pueblo, hacía unas declaraciones sensacionalistas a Gómez Burón. Unas palabras que más parecían extraídas de la visión lorquiana, que de la misma realidad:

Hagase una idea: en mi tiempo ya menos, a los nueve meses de la romería nacían niños por los alrededores, que no tenían que haber nacido, y muchos.

«El Cristo», de Martín Recuerda

El también dramaturgo granadino, José Martín Recuerda, escribió otra obra de teatro, «El Cristo» -prohibida durante el franquismo- basada en la romería del *Cristo del Paño* de Moclín. En Lorca, es la visión poetizada y trágica. En Martín Recuerda es el drama real del enfrentamiento de las dos iglesias, del cura que hace trizas el cuadro del *Señor del Paño* y la visión paganizante de los romeros y cofrades. Un pasaje de «El Cristo» de Martín Recuerda expresa el choque entre cristianos y al mismo tiempo, en un época diferente a la lorquiana, la experiencia del fenómeno migratorio, que ya empiezan a sufrir los pueblos de Andalucía y las relaciones macho-hembra en una sociedad rural:

Juan El Banderas.—¿dónde habéis estado metidas todo el año? ¿es que no salís más que cuando vienen los forasteros?

Consuelo.—Y vosotros, ¿por qué no os vais al extranjero, como los que están dejando los pueblos desiertos?

Rosa.—Aquí no tenéis nada que hacer.

Amelia.—¿No sabéis trabajar!; ¿no sabéis mantener a una mujer! Enteraros de una vez; ¡bribones!, ¿no sabéis ni enamorarnos!

María.—No sabéis más que esperar todo el año la sacristía para enviciaros y vivir después los recuerdos del vicio, de la mujer que os duró un solo día!

Juana.—¿Habéis tenido que entrar en la iglesia con vino!; ¿no podíamos hacerlo de otra forma!

Rosa.—¿Y nosotras, sí, mirando a los forasteros por los cristales del rosetón!; ¡cansadas de que no nos miréis, porque sólo sabéis esperar a los camiones de putas que llegan de Jaén!

Consuelo.—Pero ¡hoy no llegarán!; ¡Ignacio y los de Acción Católica salieron a los caminos a apedrearlos!; ¡vayamos nosotras también, mientras vosotros ponéis en andas al Cristo, en contra de la voluntad de ese cura que odiáis!; ¡vayamos a los caminos a apedrear a los camiones! (Salen las del coro).

Juan El Banderas.—¡Id, que no me fio



García Lorca en «Yerma» colaboró a extender la leyenda de las mujeres estériles que paren a los nueve meses de la romería.

YERMA

de vosotras! ¡id, o quedaos preñadas de los forasteros, como se quedó Estrella la Larga!» (...)

«¡Dios le de salud y suerte, madre!»

La romería de Moclin, leyendas aparte, no es hoy, como en otras épocas, una procesión dedicada a las yermas, ni la fiesta erótica bajo tiendas de campañas. Es la fiesta de la milagrería, entre cacharros de feria, tenderetes de objetos religiosos y el deambular de miles de turistas, ajenos al fervor religioso, que mantienen los vecinos de los pueblos de las comarcas vecinas. Curiosamente, no son los vecinos del pueblo, salvo algún caso, los que se benefician del gran comercio de la milagrería, sino gente de fuera, *pobre profesionales*, expertos en explotar el sentimiento religioso del campesino. Y también acuden los *paraos*, que llegan con sus carteles: «Padre de familia, ocho hijos, sin trabajo desde hace diez meses...», expresión de otra situación en la Andalucía de nuestro tiempo.

La cuesta que sube del pueblo a la ermita aparece bordeada de pobres, inválidos, tullidos... Un espectáculo irritante, de náusea organizada, medieval y espeluznante. Tres hombres componen con sus figuras un estandarte: el cojo, con camisa de hábito morado con cordón dorado sobre el pecho, se sostiene en los muerpos de dos mancos, y recitan y cantan, con tonillo de peregrinos de ultratumba, saludos de oración y penitencia:

—¡Dios le de salud y suerte, madre!

—¡Perdonen ustedes que les molestemos!

—¡Que Dios les de salud y suerte, hermano!

—¡Que el Santísimo Cristo del Paño les reciba con alegría!

—¡Que Dios les reciba en su celestial gloria!

Miles de peregrinos se detienen con la peseta, el duro, los cinco duros, que caen en las *parcelillas*, acotadas con mantas, de los inválidos y mendigos.

«Escucha la penitente/de tu santa romería»

Bajo un sol implacable, junto a la ermita, el lienzo del Cristo del Paño. Una imagen de Cristo con la cruz a

cuestas. El espaldas del paño está recubierto por un manto, con hilaturas de oro, valorado en tres millones de pesetas. Los peregrinos se acercan a gritarle; otros, en silencio, con los ojos llorosos, les llevan velas, que se consumen allí mismo o las guarda el sacristán; pasan sus pañuelos por el cuadro y luego se restriegan por la cara, el pecho, los brazos... Una religiosidad cuerpo a cuerpo, ante la que el espectador siente con respeto la conmoción que le produce el comportamiento de los devotos. Una espiritualidad de trance, del desahogo del campesino que va flechado al Cristo del Paño para que le resuelva la cruel sequía, para que crien las vacas; que vuelva sano el hijo que está en la mili; que la yerma traiga hijos; la creencia del enfermo, que no confía en el médico, tan distante de su lenguaje rural, que le cobra un dineral, y se ve abocado en poner su confianza en el Señor del Paño. La religiosidad del subdesarrollo. Más sana, más espectacular, quizá más encandolosa.

—¡Viva el Señor del Pañoooooo...—
—grita una mujer con el rostro desencajado, los ojos extraviados, con una voz que le ha salido de las entrañas y ha corrido por el cerro.

—¡Viva la Madre de Dios...!

—¡Viva su Santo hijooooo...!

Los vivos enronquecen las gargantas. Un viejete que dice que los vecinos de los ajenos son más comunistas que los de Moclin (los de Tózar, Limones, Tiena, Olivares, Puerto Lope...), comenta:

—Yo no echo las velas en el cajón. Yo, vela que compro, vela que gasto delante del Cristo.

—¿Desconfía usted?

—Yo, ¿eh? —y sin mediar más palabra se pone a cantar— ¡Agrupémonos todas en la lucha final... el género humano es la Internacional...! ¿Usted no lo sabe?

—¿Yo? No es una canción muy adecuada para este momento.

—Eh... —e interrumpe con otra canción— ¡Cada uno será lo que quiera, nada importa la vida anterior... Legionario, legionario... Legionarios a luchar, legionarios a morirrrrr...!

—Pero, hombre...

—¿Sigo? ¡En Madrid mandan los rojos y en Graná los requetés y en Peñón de la Mata, la noventa y tres...! —el hombre rebusca algo en su cartera— ¿Sabe qué es esto? El carné de CC.OO. ¿Sabe lo que quiero decir? Que yo pongo la vela porque soy cristiano, pero cristiano del Cristo del Paño.

Las mujeres se mueven de un lado para otro, sonámbulas, descalzas unas, de rodillas otras, cumpliendo promesas. Quizá como Yerma pidiendo el milagro de la fecundidad:

—Escucha la penitente de tu santa romería. Abre tu rosa en mi carne aunque tanga mil espinas—.

Un hombre se sitúa frente al Cristo del Paño e invita a la muchedumbre a cantar al son de la trompeta, solitaria, maravillosa y desafinada, los cantos del nacional-catolicismo. Las mujeres cantan y lloran. Por las laderas del castillo, otra gente, al margen de la procesión, se divierte. Como si recordaran la versión lorquiana del Macho en la romería, cuando dice a la Hembra:

Si tú vienes a la romería a pedir que tu vientre se abra, no te pongas un velo de luto, sino dulce camisa de Holanda. Vete sola detrás de los muros, donde están las higueras cerradas, y soporta mi cuerpo de tierra hasta el blanco gemido del alba. ¡Ay, cómo relumbra! ¡Ay, cómo relumbra, ay, cómo se cimbre la casada!

Un torbellino de manos se lanza a coger las *andas* del Señor del Paño. La gente llora, grita, reza... Otros aplauden. Es la fiesta y la tragedia. Una sucesión de imágenes trágicas, como la obra lorquiana, sin argumento, la locura del peregrino ante su imagen. Cuerpo a cuerpo, al fin. Dos horas de recorrido, atravesando primero la galería de pobres e inválidos. El sacristán abre el cortejo en su calidad de pontífice de la milagrería rural, con la mirada pícaro del contable de velas, estampas y sobres con dinero en metálico para cumplir promesas. Una muchacha hermosa pisa descalza el camino.

—Señor que florezca la rosa no me dejés en la sombra—

Pícaros de siempre

Un inválido nos pide un cigarrillo. Tiene el hombre un brazo esquelético que le sale del hombro hacia arriba.

—Lo mío es lo más raro de todos—, dice como presumiendo morbosamente de su defecto físico. Y no tengo más vicio que el tabaco.

—¿Cómo va la cosa?

—Este año no va mal. Otros años había más pobres. Pero, también se camuflaban muchos borrachos, mucha sinvergonería.



Treinta mil personas se reunieron el primer domingo de octubre, la última romería, en torno al Cristo del Paño, en Moelín, cerca de Granada.

con caballos, con orquestas, de fiesta nada más.

-Y a usted eso no le gusta.

-A mí me gusta que la gente venga con fe, como aquí en Moelín.

-Claro.

-Que vengan con fe. Porque el que viene con fe la suerte mejor. Si ha echado su promesa de tres o cuatro mil pesetas, las reparte a los pobres con fe, porque el Santo lo haya puesto bueno o las medicinas...

-Eso nunca se sabe.

-El Santo o las medicinas. Vaya usted a saber.

-Misterios de la vida.

-¿Qué misterios...! Yo no creo en santos, usted, de verdad. Yo no soy beato.

-¿Entonces...?

-Hombre... Siempre hay que contar con esta gente de fe.

-El negocio, ¿no?

-Claro. Si ya le digo, yo no soy beato. ¿Usted qué cree? Yo soy del Partido Comunista.

-¡Acabáramos!

Y el hombre del brazo más raro del mundo continuó en su trabajo: ¡Dios los proteja...!

Mientras sus ojillos de pícaro veían caer monedas sobre monedas a costa de los que tienen fe, que son los que más la sueltan. Comenzó a lloviznar. Los pobres profesionales de las romerías y los milagros liaron los montones de monedas. En la sacristía, también contaban los sobres, las monedas y las velas. La gente, los campesinos sencillos del subdesarrollo echaron a andar satisfechos de haber cumplido con el Señor del Paño y sus intermediarios así en la tierra como en el cielo.

La romería del Cristo del Paño sigue cada primer domingo de octubre. En cada época, con una dimensión nueva de la religiosidad popular de la buena gente; y entre ella, peregrinos y devotos, los picaros de siempre, los que aparecen este año, como el inválido de la mano más rara del mundo o la Dolores, la conjuradora, en la obra lorquiana, explotando sus artes para hacer parir a las yermas:

«...La última vez hice la oración con una mujer mendicante que estaba más seca que tú, y se le endulzó el vientre de manera tan hermosa que tuvo dos criaturas ahí abajo en el río, porque no le daba tiempo a llegar a las casas, y ella misma las trajo en un pañal para que yo las arreglase. ■ A.R.E.

Se ponían tirados en mantas o en sábanas, para recoger...

-¿Usted viene todo los años?

-Yo voy a todas partes.

-¿Y se saca?

-Para ir viviendo. Porque con las 4.000 pesetas de pago que tengo no podría vivir en Málaga. Aunque yo soy de un pueblo de Huelva. En este negocio, estamos de todos los pueblos de España.

-¿Qué sitios recorre?

-Yo he estado en la Virgen de la Cabeza; también en el pueblo de Juanito Valderrama, en Torredelcampo (Jaén); allí es Santa Ana. Esa Virgen es muy buena para lo nuestro. Allí hice en cuatro horas 30.000 pesetas. Ahora que no veas lo castizos que son allí para dar... Pum, pum, pum... Y con un arte... También voy al Rocío y a muchas otras.

-¿Y aquí, en Moelín?

-Ocho o diez mil pesetas llevo hasta la presente, según el cálculo, porque todavía no he contado.

-De los que más saca, según se ve.

-Hombre, es que lo mío...

-Aunque aquellos tres, parece que no van mal.

-Esos sacan mucho, pero tienen que partir para tres. Si yo tranco 30.000, 30.000 que son para mí solo, ¿me entiende usted? Salgo más beneficiado.

-Bueno, le dejo, que está perdiendo un tiempo de oro.

-¡No...! Ahora, los entrecujo a la bajada. Y además, esta noche me pongo en otra calle y siempre me empalmo tres o cuatro mil pesetas más.

-¿En qué más sitios ha estado?

-También en Barcelona, Montserrat.

-¿Qué tal los catalanes?

-Allí se saca un perrá... Como estoy autorizado y lo mío es muy raro, ya usted vé por donde me sale el brazo, que como yo no hay ninguno...

-¿Cómo es que usted no está en hospital?

-Yo con esto me lo ventilo mejor, hambre. ¿Qué hago yo en un asilo, en un hospital? Yo me hago mis romerías, y vivo. La primera romería que hago es la de Cártama, en Málaga. Allí me ventilé 20.000 pesetas el primer domingo de mayo. De allí salté a la Virgen de la Cabeza. Pero, lo de la Virgen de la Cabeza, ¡ufffff...! Allí no van más que a divertirse. Da vergüenza, usted. Allí van